

texto íntegro de
LOS SEDIENTOS
original de

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

PERSONAJES

CORIFEO

CORO

MUJER SUPLICANTE

CAMPESINO

CABRERO

MADRE

EMIGRANTE 1.º

EMIGRANTE 2.º

UNA VOZ

OTRA VOZ

ALCALDE

PRESIDENTE

ALGUACILES Y SÉQUITO

CAMPO ARIDO, AL BORDE DE UNA CARRETERA. EL SOL CASTIGA IMPLACABLE Y EL SUELO ARDE. GRUPO DE ALDEANOS A MODO DE CORO. LOS HOMBRES SON DE ROSTROS SOCE Y ARRUGADO. LAS MUJERES, VIEJAS Y JOVENES, VISTEN DE NEGRO Y CON NEGRO PAÑUELO SE TOCAN LA CABEZA. CAMINAN DESCALZAS Y EN LAS PLANTAS DE LOS PIES SE LES HA FORMADO COSTRA DE TANTO SOPORTAR EL FUEGO DEL SUELO. SON SECAS DE CARNE, SIN PECHO. UNA MADRE JOVEN CUELGA A SU HIJO, RECIEN NACIDO, DEL PEZON VACIO. UNOS ZAGALES PINTAN LETRAS NEGRAS EN LAS PANCARTAS QUE HAY EXTENDIDAS EN EL SUELO. EN EL CENTRO DEL CORO, UNA MUJER DE MIRADA ALTIVA, DOMINANTE, DIRIGE LOS LAMENTOS DE LOS DEMAS. ES EL CORIFEO.

CORIFEO.—¡Pediremos agua!

CORO.—¡Agua...!

CORIFEO.—¡Para la tierra seca!

CORO.—¡Agua...!

CORIFEO.—¡Para mojar los labios!

CORO.—¡Agua...!

CORIFEO.—¡Para que se lleve el sudor de nuestros cuerpos!

CORO.—¡Pediremos agua!

Pausa

CORIFEO.—¡Pediremos agua!

CORO.—¡Agua...!

CORIFEO.—¡Para empapar la tierra y caminar sobre el barro!

CORO.—¡Agua...!

CORIFEO.—¡Para que el cauce seco se llene y podamos lavar la ropa en el agua que corre al océano!

CORO.—¡Agua...!

CORIFEO.—¡Para que nuestros cuerpos se reflejen en el fondo de los aljibes!

CORO.—¡Agua...!

CORIFEO.—¡Pediremos agua!

CORO.—(Cada vez más suave, hasta que los labios pronuncian sin pronunciar las palabras) ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!

Todos caen abatidos. Los rostros desaparecen hundidos en los pechos. Cada uno, al hablar, alza la cabeza.

MUJER SUPLICANTE.—Caminante: un poco de agua... Lo que quepa en el cuenco de mis manos. Tengo sed. Bastan unas gotas que recorran las palmas, como hilos de plata, y que lleguen a mis labios. Los tengo cortados de tanto pedir mojarlos. La piel se levanta y se rompe. El agua

la ablanda y doblega. ¡Una gota me basta! Una; que yo sabré hacer de ella un manantial... Caminante: ¿Te vas sin oirme? Caminante: ¡Tengo sed! ... ¡Tengo sed!...

CAMPESINO.—Tiré la semilla y quedó sobre la tierra. Murió sin crecer. ¿Por qué no tuvo agua que la envolviera e hiciera nacer? Una vez, brotaron tallos... Una vez, el grano fue de leche... Parecía oro el campo. Pero los granos en sazón murieron. Las cañas se encamaron... Y nunca más se hizo el milagro.

CABRERO.—Yo miraba al cielo todo el día y nunca al suelo. Miraba para, si una gota caía, ser pregonero de la nueva. Alguna vez pasaban las nubes y tapaban el sol, pero nunca descargaban. Jamás pude dejar las cabras abandonadas para gritar: ¡Llueve!

MADRE. Lloro, mi niño, llora. Que tu madre tiene el pecho vacío. Me desgarras los senos y las entrañas cuando tus labios buscan una gota de leche. ¿No ves que estoy seca como la tierra?

EMIGRANTE 1º.—Una vez estuve en las faenas de un país muy pobre, como el nuestro. (Todos le miran) Un día fueron muchos hombres. Llevaban camiones cargados de hierros retorcidos. Miraron al suelo una y otra vez. Buscaban algo.

EMIGRANTE 2º.—Yo lo ví.

EMIGRANTE 1º.—Clavaron los hierros en la tierra. Ataron los unos a los otros con fuego y formaron una torre. Después, con un gran tornillo, rasgaron el suelo, cada vez más hondo, más en las entra-

ñas, como si quisieran hacerle llorar.
EMIGRANTE 2º.—Y lloró.
EMIGRANTE 1º.—¡Lloró el suelo! El agua salió con fuerza y mojó todo. Desde lo alto caía en los rostros, empapaba las ropas sucias de los hombres, inundaba el suelo y todos lloraban y sus lágrimas se mezclaban con las de la tierra.

EMIGRANTE 2º.—Y nosotros lloramos también.

EMIGRANTE 1º.—Y reímos...

EMIGRANTE 2º.—Y cantamos.

EMIGRANTE 1º.—Después..., se alzaron muchas torres y en todas brotó el agua.

CAMPESINO.—Fue en otro país.

EMIGRANTE 1º.—Sí.

La alegría, que, por un momento, ha brillado en todos los ojos, desaparece. De nuevo los rostros caen sobre los pechos.

CORIFE0.—¡Queremos agua!

CORO.—¡Agua...!

CORIFE0.—Para empapar la tierra.

CORO.—¡Agua...!

CORIFE0.—Te lo pedimos a tí, caminante.

CORO.—¡Agua...!

CORIFE0.—Vacía la cantimplora en el cuenco de nuestras manos.

CORO.—¡Agua...!

CORIFE0.—Para humedecer las semillas que el labrador ha sembrado.

CORO.—¡Agua...!

UNA VOZ.—¿Para qué lamentarnos si hemos de soportar la pertinaz sequía? Calleemos.

CORIFE0.—Y moriremos. Y morirán nuestros hijos, que no encuentran leche en el seno materno.

OTRA VOZ.—Estamos condenados. Somos de raza maldita.

CORIFE0.—Arañemos el suelo con las uñas. Hagamos pozos. Tal vez, el agua corra veloz bajo nuestros pies y mane con fuerza.

UNA VOZ.—La garganta se pega con la garganta. Muramos en silencio. Ahorremos las palabras.

CORIFE0.—¡¡No!! ¡Clamemos hasta el final: Agua!

CORO.—¡Agua! ¡Agua...!

Entra el ALCALDE seguido de los alguaciles. Se detiene ante la multitud y se golpea en el muslo con la fusta. Todos callan y retroceden asustados, agrupándose en un palmo de tierra. Sólo queda delante el CORIFE0.

ALCALDE.—¿Qué sucede? Desde el pueblo he oído vuestros gritos. Acaso os falta algo?

CORIFE0.—Agua.

ALCALDE.—No es imprescindible. Más aún: es perjudicial. Tu sabes tan bien como yo que hace muchos años hubo una tormenta.

CORIFE0.—Mejor que tú. Entonces aún era una niña y tú no habías nacido.

ALCALDE.—El agua bajó de los montes y nada respetó. Casas, ganado y árboles venían por los cauces de los mil ríos que se formaron. Luego, todos juntos en la rambla, arrasaron nuestro pueblo. Nada quedó en pie. Muchos murieron. El agua es maldita. (*Cambiando la expresión*) Transformad vuestros rostros. Sonreid. El Señor Presidente va a llegar. Sus coches ya han entrado en la región. ¡Que el recibimiento sea clamoroso! Zagales: seguid escribiendo en las pancartas. Que a su paso lea: “¡Bienvenido, Señor Presidente!”; “Gracias por los dones que no merecíamos”; “Por tí daremos lo más preciado de nuestra hacienda”; “Pídenos y se te dará”...

CORIFE0.—¿Y el agua?

ALCALDE.—¡Calla, gruñona!

CORIFE0.—No me asustas.

ALCALDE.—Te haré cerrar la boca.

CORIFE0.—¿Con la fusta?

ALCALDE.—Llenas de pájaros las cabezas de los demás.

CORIFE0.—Lo que pido es justo.

CORO.—¡Agua para nuestras tierras!

MUJER SUPLICANTE.—Tengo sed. Dame el agua que necesito.

ALCALDE.—Bebe el orín de los mulos.

El diálogo es rápido. EL ALCALDE

DE *va de un lado a otro, intentando acallar las voces.*

CAMPESINO.—Perdí la semilla por falta de agua.

ALCALDE.—Hiciste mal en sembrarla.

EMIGRANTE 1º.—El agua puede buscarse.

En otro país la hallaron bajo la tierra.

ALCALDE.—Novelerías.

EMIGRANTE 2º.—Yo lo ví.

ALCALDE.—Te lo contaron, farsante.

EMIGRANTE 2º.—Eran torres de hierro.

ALCALDE.—Sólo viste el hierro de las rejas de la cárcel.

MADRE.—Mi pecho está seco y el hijo se muere.

ALCALDE.—¿Por qué lo pariste?

CORIFEO.—¿Por qué te parió tu madre?

ALCALDE.—¡Basta ya!

CORIFEO.—Dicen que se moría de gusto cuando te engendró.

ALCALDE.—¡Calla, deslenguada!

CORIFEO.—Lo dicen todos. Te amamantaron a los pechos de todas las mujeres del pueblo.

CORO.—¡Danos el agua que te bebiste!

CORIFEO.—Te pedimos sólo lo que es nuestro.

ALCALDE.—(Abrumado) Gota a gota os lo devolveré; pero cuando haya pasado el Sr. Presidente.

MUJER SUPLICANTE.—Te pediré un vaso de agua y me lo darás.

ALCALDE.—Todos los que quieran.

CAMPESINO.—Mojaré mis semillas en tus depósitos y después los vaciaré sobre los campos.

ALCALDE.—¡Quedarán regados!

EMIGRANTE 1º.—Pedirás que vengan hombres con hierros...

EMIGRANTE 2º.—Y escarbarán en el suelo con el tornillo gigante.

ALCALDE.—Será como quereis.

MADRE.—Y mis pechos se hincharán y la leche asomará a los pezones.

ALCALDE.—Tu hijo no morirá. Todo lo tendréis si, a cambio, recibís al Señor Presidente con alborozo. A él hay que ofrecerle y no pedirle. ¡Es el Presidente! Sabe lo que tiene que dar a cada cual y,

tal vez, vosotros no merezcáis más. Si le aclamáis sabrá corresponderos. Más tarde, cuando sus oídos me escuchen, yo le pediré agua para vuestros campos. ¡Dejadme hacer a mí!

CORIFEO.—¡No le escuchéis! ¡Miente!

ALCALDE.—¿Qué sabes tú?

CORIFEO.—Si el Presidente no oye nuestras súplicas pasará de largo y nunca más volverá a esta región. Entonces nuestros gritos serán inútiles. Nadie los oirá.

CORO.—Gritemos ahora.

ALCALDE.—¡No lo hagáis!

Ruido de sirenas. Motores que rugen.

CORIFEO.—¡Es el Presidente!

CORO.—¡El Presidente!

ALCALDE.—Ya llega. Aplaudid. ¡Hurra, Señor Presidente! Las pancartas. Sacadlas. ¡Que sean nuestras banderas! “¡Bienvenido, Señor Presidente!”; “Gracias por los dones que no merecíamos”; “Por ti daremos lo máspreciado de nuestra hacienda”; “Pídenos y se te dará...”.

Las pancartas se extienden. En ellas se lee: “Más agua”; “Tenemos sed”; “Agua, agua, agua”.

CORO.—¡El Presidente! ¡El Presidente!

ALCALDE.—Eso, no. ¡Ocultadlas!

CORO.—¡El Presidente!

ALCALDE.—Su maldición caerá sobre vosotros.

CORIFEO.—Los coches se han detenido.

CORO.—¡Que nos oiga!

ALCALDE.—¡Viva el Señor Presidente! ¡Viva el Señor Presidente!

CORIFEO.—Baja del coche.

CORO.—¡Qué nuestras súplicas lleguen a sus oídos!

ALCALDE.—¿Callaréis?

CORIFEO.—Viene hacia aquí.

ALCALDE.—¡Hip, hip, hurra!

CORIFEO.—Adelante el griterío.

CORO.—¡Adelante!

CORIFEO.—¡Todos a una!

ALCALDE.—¡No a vuestras pancartas! ¡No a vuestro griterío!

Entra el PRESIDENTE seguido de su séquito. El ALCALDE va hacia él.

CORO.—¡Agua! ¡Agua!

ALCALDE.—¡Señor Presidente...! ¡Excelencia: Nuestro pueblo os acoge con lágrimas en los ojos. La emoción atenaza las gargantas de los que tanto os deben. Señor Presidente...

CORIFEEO.—¡Agua!

CORO.—¡Agua! ¡Agua!

El ALCALDE habla, pero no se le oye. El PRESIDENTE hace pantalla con la mano. No logra escuchar más que los gritos de la multitud. En una pausa:

PRESIDENTE.—¿Decís?

ALCALDE.—Que las muestras de agradecimiento que escucháis...

PRESIDENTE. ¿Cómo?

ALCALDE.—Digo que el pueblo, que tanto tiene que agradeceros...

El griterio aumenta. El PRESIDENTE saluda con los brazos en alto.

CORO.—¡Agua para nuestras tierras! ¡Agua para mojar los labios! ¡Agua que se lleve el sudor de nuestros cuerpos!

PRESIDENTE.—(Sin dejar de saludar) ¿Qué dicen?

ALCALDE.—Os aclaman.

PRESIDENTE.—Sin embargo...

ALCALDE.—Os aclaman.

PRESIDENTE.—Sus voces son confusas. Apenas se entienden.

ALCALDE.—Es que os aclaman.

PRESIDENTE.—Eso debe de ser.

CORIFEEO.—¡Escuchadnos, Señor Presidente!

CORO.—¡Escuchadnos!

CORIFEEO.—Morimos de sed.

CORO.—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!

El PRESIDENTE, ALCALDE, alguaciles y séquito salen. El clamor decrece. A lo largo de las escenas siguientes, las pancartas caen al suelo poco a poco.

MUJER SUPLICANTE.—Esa gota de agua que os pedí y no me disteis hubiera bas-

tado para darme la vida... ¿Os vais?

Ruido de sirenas, cada vez más débil. La MUJER SUPLICANTE separa sus manos, que tenía en forma de cuenco, y cae de bruces, muerta.

CAMPESINO.—¿Qué será de mi trigo?

CABRERO.—Yo seguiré mirando al cielo...

MADRE.—Mi hijo ha muerto... ¿De qué me sirven los pechos si no tendré que amamantarle nunca más?

EMIGRANTE 1º.—Yo me iré al país de las torres de hierro, donde el agua corre ya por las acequias.

EMIGRANTE 2º.—Y yo te seguiré.

CORIFEEO.—¡No os vayáis! Morid aquí...!

¡Que nuestros cuerpos se pudran en la tierra esta! ¡Que el sol queme nuestra carne y sólo queden huesos sobre huesos! ¡Maldito sea el que se vaya! ¡Escarbad! ¡Buscad el agua que corre bajo nuestros pies! ¡Está ahí...! ¡La siento!

EMIGRANTE 1º.—Allí el agua está dominada.

CORIFEEO.—¿Y qué?

UNA VOZ.—Aquí pueden venir tormentas y las riadas arrastrarnos, como aquella vez.

CORIFEEO.—Aquella vez la riada se llevó mucha gente, pero los que se salvaron saciaron su sed.

OTRA VOZ.—El Presidente ha pasado ya. Nunca volverá.

CORIFEEO.—Esperaremos a que venga otro Presidente.

UNA VOZ.—Pasarán muchos años.

CORIFEEO.—Todos esos esperaremos.

OTRA VOZ.—Moriremos de sed.

CORIFEEO.—Hallarán nuestros cadáveres y será una bofetada en sus rostros.

UNA VOZ.—Y ahora ¿qué haremos?

CORIFEEO.—Pedir agua.

OTRA VOZ.—¿Al vacío?

CORIFEEO.—¡Al Mundo!... ¡Queremos agua!

CORO.—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!

Van muriendo. Ya todas las pancartas están en el suelo. Sólo queda en pie el CORIFEEO. Se tambatea. Cue de rodillas. Queda inmóvil.

FIN